

Un hombre como los demás

No tenía planeado salir de Bolonia en lo que le quedase de vida pero le llegó una carta en la que le anunciaban que su querido Pietro Metastasio acababa de morir. A pesar de que Viena estaba a quince días y de que tenía setenta y siete años, decidió rendir un último homenaje al autor de la mayor parte de los versos que cantó sobre los escenarios.

Cuando la capital imperial se enteró de su llegada, se le organizaron homenajes que él rechazó, sabedor de que no serían pocos los lisonjeros que fueran a estrecharle la mano para luego llamarlo "medio hombre" apenas se hubiera dado la vuelta. Así que fue solo a la Iglesia de San Miguel, donde estaba inhumado su amigo, para cantarle un aria de la *Nitteti* de Conforto. A pesar de que su timbre había adquirido el color negruzco de la plata vieja, encontró su fraseo aún exquisito como la lentitud del buen vino. En esto, irrumpió el párroco para decirle que no estaba seguro de que un ser de su condición pudiera acceder a aquel recinto y se marchó.

El albacea de Metastasio le entregó una carta y una cajita en cuyo interior había un anillo, con la letra "P" en rubí, que él dedujo como perteneciente a Pietro. "Últimamente se le iba la cabeza" fue la advertencia del albacea. En la misiva, Metastasio le confesaba que su habilidad sobrehumana para escribir tantos y tan buenos libretos se debía a un pacto con el Maligno realizado en su juventud. "Ahora debo arder en el infierno-afirmaba-pero te lo cedo para que cumplas ese sueño que me confesaste siempre, el de ser un hombre como los demás". Y la postdata rezaba: "La 'P' corresponde al *Príncipe de las tinieblas*". La historia le pareció propia del gran fabulador que había sido pero a modo de broma se puso el anillo. Decidió que era tiempo de emprender el regreso.

Llevaba diez días de viaje cuando hubo de pernoctar en Rubano. Para entonces le venía sucediendo algo extraño. A él, que no le crecía más que una ligera pelusa en las mejillas le dio la sensación de que los poros se le empezaban a abrir, a lo que le siguió un picor duro en el rostro. Fue en el albergue cuando, enfrentado al espejo, descubrió la verdad. ¡Le había salido barba! No fue el único cambio. Su rostro añado había adquirido un contorno huesudo y hasta percibió un brillo sanguíneo en su mirada que lo asustó. Como viajaba solo y su cochero era sordomudo, nadie había llegado a advertirle de ello. Pensó que se trataría de alguna enfermedad, lo que era compatible con la repentina gravedad de su voz. Mas un examen a su cuerpo desnudo, a la hora de desvestirse para el sueño, le confirmó una hinchazón doble e indolora donde antes no hubo sino piel apacible y una cicatriz de la infancia.

Llamaron a la puerta. Era la mujer del comerciante genovés con el que había coincidido en la cena. El tipo tocaba la mandolina y cuando se enteró de su identidad, no pudo evitar que le acompañase la ensalada de una serenata. Ahora, su esposa le traía otro obsequio, un bordado hecho por ella.

-¿Y qué dirá vuestro esposo de que entréis aquí a estas horas?-le espetó.

-Me ha dicho "no puedo estar más tranquilo si a quien vas a visitar es a él".

Él cerró la puerta. Sí, a pesar de los años de retiro, seguía siendo él. Pero no el de siempre. Un hormigueo tan dulce como inquietante le recorría todo el vello corpóreo, recién brotado en las últimas horas.

-¿Queréis una copa de vino?- fue lo único que se le ocurrió decir a la joven.

Después, vivió todo aquel proceso que había visto muchas veces en los demás, incluido su propio hermano u otros colegas cantantes, que lo acababan siempre en su lugar. Pero no. Ahora era él quien embridaba las riendas de aquel caballo imaginario con el que su padre justificó ante las autoridades eclesiásticas su condición maldita de haber sido bendecido con la voz más dolorosamente bella de todos los tiempos. Y le gustó, pese a que también le decepcionó que fuera una sensación de apenas unos segundos. Siempre la imaginó como capaz de mantenerle a uno en una evanescente pulsión de horas y hasta días. El poder de la música era más duradero. Se había pasado más de sesenta años lamentando no tener algo que no era para tanto. Se quedó dormido en brazos de ella, que se despertó agitada al salir el sol.

-Acabo de soñar que tenía un hijo músico...un músico extraordinario-musitó con embarazo- me temo que mi marido se va a enfadar...

-¿Por pasar la noche con un castrado bebiendo vino?-bromeó él. Y le regaló el anillo de Metastasio, que a él ya no le serviría para nada.

Carlo Broschi continuó su viaje a Bolonia y una vez allí guardó un silencio absoluto sobre lo acontecido. Murió el 16 de septiembre de ese año, ignorante de que mes y medio después vendría al mundo un niño en Génova que, según los cálculos de su madre, no era sino hijo de un viejo farsante que la había seducido haciéndose pasar por el gran Farinelli. Pero el marido no dijo nada y aceptó al muchacho, al que llamaron Niccolò y quien acabaría heredando el anillo, que para nada desentonaba con él pues el apellido de la familia no era sino Paganini.

15-11-22 Para Valentín,

gracias por una
tarde inolvidable

Un abrazo en Farinelli
Jade